

Neme

Jorge Fernández Granados

Voy a buscarte, Neme, en milpas de granizo.
Quiero encender la leña, que perfume
esta noche de oficios en el frío.
Lo has olvidado todo, Neme,
te vas de la vigilia.
Tus ojos son pájaros blancos
ahogados en la sombra que ha vencido.
Tuviste tanta fuerza y me abrazabas
cuando llegaba el miedo, sus ángeles helados.

Qué alta está la lluvia cuando somos de agua.
Tú quieres ver el mar, Neme, tú quieres
bucanero ese cielo, golondrinas,
y un lugar donde seamos hijos
de tus primeros hijos
para sentir la savia dócil
que una vez te llenó joven los labios,
y otro fuego en tus manos salamandras
y otro sitio en la flor de tu cintura firme.

¿Por qué somos de muerte, abuela? Será el viento
o este pequeño nudo de cenizas
donde habitaba con dolor el alma
lo que hoy no deja que te vea:
tus tardes de tomate
y el aleteo de roncadas plumas
en el temprano horror de la comida

o el místico biscocho que cerraba
entre un lento café, los rituales nocturnos.

Tus aretes de prisma, un rebozo de nudos,
tu inútil monedero que perdías
en los rincones de la casa a oscuras,
el tono de tu voz bajita
que trenzaba las coplas
cuando una paz la entretenía
en las historias de tu costurero,
las hondas islas del dolor que a ratos
cuajaban en la cera donde ardían tus muertos.

¿Dónde estuvimos antes de ser estos que somos?
En una calle con sus perros flacos
buscando en los pellejos la mordida
de algún caliente paraíso,
en frases de fideos,
cebando bolsas de mandado
o témpanos de leche (la puntual
papaya y su sabor de cuescos negros),
o viendo en el arroz materia de castillos.

Alguna vez puliste palabras de otra infancia
y qué raro sonaban en las ollas
o en el pasillo con olor a sol.
Tenías un coro de gallinas
muy tontas y espantadas.
Alguna vez nos enseñaste
que las casas se inundan y perdemos
primero el miedo, un día después los muebles,
bodegas, tiempo, el frío, todo se lleva el agua.

La furia nos buscaba con dientes amarillos
que burlaban las rejas del corral

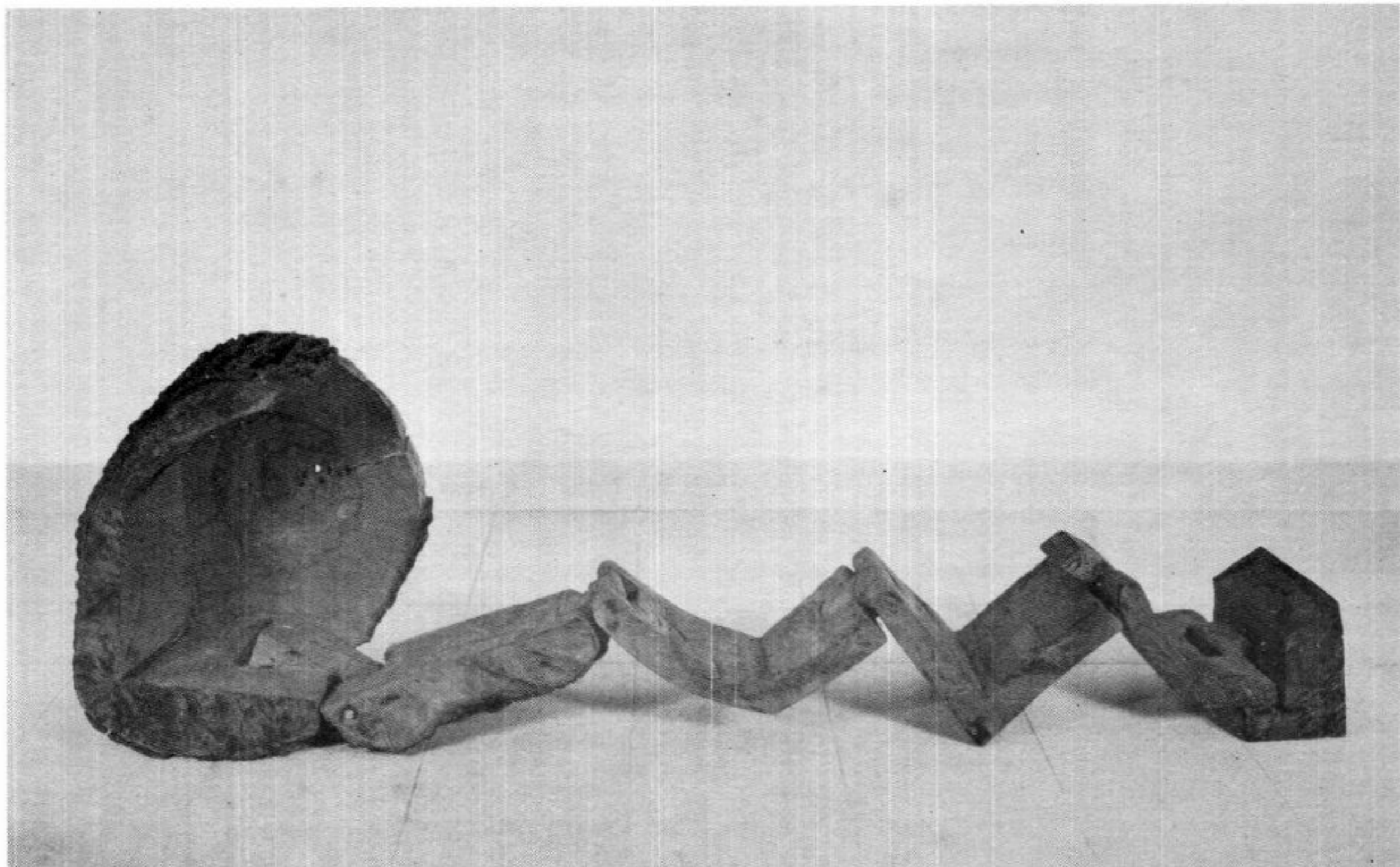
como demonios de rosada trompa
y nos pegaban corretizas.
(Tal vez perdí un zapato
y un buen pedazo del orgullo).
Quedó el panteón de los juguetes tibio
de tanto remendar lo destrozado,
la higuera con su tronco lisiado por manubrios.

¿Qué más puede curarnos? Tu fe de manzanilla,
la noches en que el Diablo busca un alma
y el cuerpo es un enigma de ceniza.
Tu voz vaciaba la blancura
en mi corazón frágil
y entonces comprendí que el mundo
sería un territorio de batallas,
que estábamos aquí, lejos y solos,
unidos por la sangre que a ratos mira el cielo.

No tenemos proezas, Neme, sólo recuerdos,
luz entre las paredes de ese patio,
un lejano fulgor de mantequilla
y el agua fría de las rosas
cortadas quedamente.

No tenemos más que estos ojos
que cuentan esas alas en el aire
y tiemblan en la noche, los mundanos
tesoros de su lumbre, su pan y su memoria.

Pieza 17, 1993
nogal
56 x 230 x 43 cm.



Las ilustraciones fueron tomadas de *Jorge du Bon. Esculturas recientes*, Museo de Arte Contemporáneo Alvar y Carmen T. de Carrillo Gil / Museo de Monterrey / Museo de Arte Contemporáneo de Oaxaca, México, 1994-1995.